

Entonces ¡ay! de aquellos que se apellidan reyes!
Coronas y cabezas en trozos saltarán.
Entonces ¡ay! de aquellos que toquen á las leyes,
Escrítas en sus cráneos los pueblos las verán!

Te espero, sí, te espero: recién eres la estrella
Do fija la mirada del universo está:
Mañana cuando alumbres omnipotente y bella
Sus alas destructoras el tiempo plegará.

FOR EVER.

Oh! l'amour de cette femme, avec toutes les énergies de la force et de la santé, dans tout l'orgueil de la jeunesse et de la vie.... quel rêve! et quel vertige!
GOETHE.

La pasión que tú sola me inspiras,
No es como otra fugaz llamarada,
Flor de un día que cae deshojada
De su tallo al más leve vaivén:

Es amor, y de un alma que sabe
Hacer frente al furor de la suerte,
Desafiar al dolor y la muerte,
Provocar al martirio en su fe.

No me culpes, si al labio la copa
Del placer he llevado sediento;
Solo, y triste, y atado á un tormento,
Me aturdía en su loca ebriedad;

Fugitivas dulzuras, pasando
Han dejado tras sí más hastío,
Más sin fe el corazón, más vacío,
Más deseo de amor, más afán.

Sobre flores revuelca su herida
En sus ansias el león del desierto:
Vé la herida que el mundo me ha abierto,
No las flores en que halla solaz.

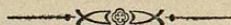
Tal vez, ¡ay! ponzoñosas la encantan,
Tal vez hacen mortal esa herida,
Ven, arráncalas tú de mi vida,
Con mi sangre bañadas están.

Yo se bien que el amor, para el hombre
En que así la desgracia se ceba,
Es un nuevo martirio, una prueba
Más cruel que las otras aún.

Pero á veces también en la tierra
El Edén prometido se alcanza,
Y jamás apagó la esperanza,
En la noche del alma, su luz.

Recompensa — castigo — ¿qué eres?
Para espiar otra vez el pasado,
O premiar un tormento acabado,
Puso Dios en mi pecho este amor?

¿Qué me guarda en el tiempo? ¿qué encargo
Mi destino confió á tu hermosura?
¿Renovar la agotada tortura?
¿Redimirme de tanto dolor?



BERNARDO P. BERRO ⁽¹⁾

EPÍSTOLA Á DORICIO.

I. PAISAGE.

¡Cuánto vario placer, cuánto recreo
Te espera en este sitio deleitable,
Do es alhagüeño todo lo que veo!

Oye su descripción, aunque no es dable
Hacerla cual merece, porque entiendas
Si el habitar en él es deseable.

Vense á un lado montañas estupendas
De hacinados peñascos, do ferinas
Bestias moran en hórridas viviendas:

Y al otro, unas bellísimas colinas,
Revestidas de flores y verdura
Se extienden por las tierras más vecinas.

Por entre estas y aquellas su agua pura
En sesgo curso Casupá derrama,
Llenando sus riberas de frescura;

Que ya la alfombra de tejida grama,
Ya el bosque ostentan, cuyo toldo espeso
Jamás penetra la febea llama.

No aquí del arte el monótono exceso
Sus simétricas calles manifiesta,
De natura estragando el embeleso.

De diferentes árboles compuesta,
Los varios grupos desigual levanta
En hermoso desorden la floresta.

El grueso lauro de soberbia planta,
El duro *Molle*, el *Canelón* frondoso,
La excelsa Palma que la vista encanta,

(1) La poesía fué lo accidental en la vida de Don BERNARDO PRUDENCIO BERRO, al extremo que muchos ignoran que el ilustre Presidente del año 1860, dedicara los ocios que le dejaba su agitada vida al cultivo de las letras. Sin embargo, su *Epístola á Doricio*, por el sabor clásico, es una de las piezas de la poesía nacional, que posee más carácter. Nació en Montevideo á fines del siglo XVIII ó principios del pasado. Dos veces ministro, senador y Presidente de la República, la entrada del general Flores en Montevideo, lo alejó del escenario político hasta 1868 en que aparece al frente de una revolución que es dominada al mismo día de estallar. Tomado prisionero en las calles de la ciudad, jamás se supo de su destino, por más que se supone que ese mismo día 19 de Febrero, fué fusilado. La personalidad de don Bernardo Berro, respetada por amigos y adversarios, tiene rasgos que pueden presentarse como ejemplo de abnegación y de civismo.

Enlazados en vínculo amistoso
Mezclan sus capas, cobijando el suelo
Húmedo con sombrío delicioso.

Aquí mil avecillas sin recelo
De flecha ó lazo ó escopeta fiera
Cruzan de rama en rama el libre vuelo.

Aquí gime la tórtola arrullera,
Aquí sus tonos la calandria agita,
Aquí canta la dulce ratonera;

Música suave que en el alma excita
Plácido desvariar, y blandamente
A leves sueños alhagüena invita.

Ni menos embeleso halla la mente
En la alta loma y el florido prado,
Y en el cerro riscoso y eminente.

Por éste con ligero pié el venado
Trepá, llevando en su gentil cabeza
El ganchoso cornaje enarbolado;

Y en aquellos do Flora su riqueza
Entre el verde tapiz vario y hermoso
Derramara con pródiga largueza;

El hato mugidor, el perezoso
Paso mueve, paciando la crecida
Yerba con diente rígido y goloso.

¡Cuán sencilla, cuán bella, cuán lucida
Se muestra aquí natura, no viciada
Por la mano del hombre corrompida!

Con qué gusto la vista embelesada
Aquel vigor contempla primitivo,
Aquella majestad simple, elevada,

Que el querer del Señor potente, activo,
La dió cuando sacó el terráqueo mundo
Del caos ciego, inerte, improductivo!

La misma soledad muda, el profundo
Silencio deste bosque son muy cierto
Del dulce imaginar gérmen fecundo.

Puro, claro, sereno, descubierto,
Siempre el cielo se mira noche y día,
Espléndida techumbre del desierto:

Y un blandísimo céfiro á porfía
Do quier lleva en sus alas vagarosas
Más suave aroma que el que Arabia cría.

En suma estas campiñas deliciosas,
Este monte, esta selva, estas riveras
Si bien no conocidas ni famosas;

No ceden en belleza á las primeras,
Que la fama celebra de la ardiente
A las frías zonas postrimeras.

II. VIDA CAMPESTRE.

Excursiones á caballo — Caza á bola: el avestruz, el venado — Lucha de toros — Comida — La siesta.

No habrá vida á la nuestra comparable,
A gozar dedicados solamente
Y ejecutar no más que lo agradable.

Una serie continua y permanente
De gustos, diversiones y recreos,
Llenarán nuestras horas dulcemente.

Desde que Oriente asome los febeos
Rayos, hasta que Diana su carrera
Nocturna siga en pálidos arreos;

Satisfechos y alegrés, de manera
El tiempo emplearemos que un instante
No habremos de disgusto tan siquiera.

Si hubiera de decirte lo bastante
Esta vida feliz, materia habria
Para henchir sendos pliegos abundante:

Mas aunque temo que la carta mía
Te pueda fastidiar daréte dello
Una noticia breve todavía.

No bien asome el cándido destello
De la risueña aurora, el lecho blando
Dejaremos por ver su rostro bello.

Y cuando ya las sombras disipando
Claro se muestre Febo, mil gustosos
Ejercicios iremos repasando.

Unas veces subiendo en los briosos
Cuanto dóciles brutos de Neptuno,
De pasear la comarca deseosos,

Después del abundante desayuno,
Correremos en curso descansado
Los sitios más amenos de uno en uno.

Y otras á guisa de escuadrón formado
Con la cuadrilla de campestre gente,
Diestra en la equitación en sumo grado;

Iremos á la caza alegremente,
Ya del ave sin par en la corrida,
Ya del venado de cornuda frente.

¡Oh! cuál place á la vista embebecida
Mirar tras la primera á darle alcance
Los ginetes correr á toda brida!

Ella azorada en tan amargo trance,
Huye veloz haciendo varios giros,
Con que se libra de uuo y otro lance:

Hasta que al cabo siente entre suspiros,
Prender sus alas con correa fuerte
De triples bolas los certeros tiros:

Y presa sin remedio de esta suerte
Entre rústica burla y algazara,
Maniatada recibe pronta muerte.

Que es ver también el otro cual dispara
En rápida carrera sin aliento
Huyendo por guardar su vida cara!

Mas á la postre frústrase su intento;
Pues por común industria, en estos casos,
De los que van á tal divertimento,

Tómanle en derredor todos los pasos,
Y así por todas partes perseguido,
Cada vez en espacios más escasos;

Por último en un cerco reducido
Sin poder escapar, luego perece
De los crueles canes mal herido.

Ni menor diversión que esta que ofrece
Motivo al alma de placer tan grato,
Y al enervado cuerpo fortalece,

Hallaremos en ver, en medio al hato
Bramar celoso el toro, combatiendo
Con la enastada frente largo rato.

Mientras que de otra parte se estén viendo
Los lindos ternerillos retozones,
Ya en diversas parejas ir corriendo;

Ya los cándidos jugos á tirones,
Néctar almo, extraer con diestra boca
De los maternos fértiles pezones.

Así de la mañana no muy poca,
Parte se irá, hasta el punto en que ya abrasa,
Y á tomar sombra y fresco el sol provoca.

Vueltos entonces á nuestra humilde casa,
Do la sencilla mesa nos presenta
Comida simple y sana aunque no escasa,

Mataremos el hambre, no violenta
Ni débil, sino aquella suficiente
Que con sobrios manjares se contenta.

La pura linfa de una clara fuente,
Y algún sorbo talvez del generoso
Serán nuestra bebida comunmente:

Y esto nos placará más que el suntuoso
Cortesano festín, que tanto cuesta,
Perdición del magnate poderoso.

Al tiempo en que el calor ya no molesta,
Después de haber dormido un breve sueño
En las estivas horas de la siesta,

Tornaremos de nuevo con empeño
Al oficio de andar sólo en procura
De lo que es dulce al alma y halagüeño.

III. CAZA CON ESCOPETA.

Las perdices — Las cotorras — La pesca.

De la perdiz sencilla mal segura
Darános gran placer la fácil caza
Y aquella del chorlito en la llanura.

Las negras pavas de silvestre raza
Tampoco escaparán á nuestro anhelo,
Ni tú, tortola triste, ó tú, torcaza.

En vano el anzar doblará su vuelo
Girando en torno á la fatal laguna;
El plomo matador traerálo al suelo.

Ni á ti, social cotorra, tu importuna
Desagradable voz podrá librarte;
Que tendrás como aquél igual fortuna.

Ni á ti menos, sabrosa sin el arte
Preciada becasina, anunciadora
De la cercana lluvia en toda parte.

En suma de esta gente voladora
Ha de ser lo mejor blanco inerrable
De nuestra carabina acertadora.

La pesca descansada y agradable,
Del imaginativo pensamiento,
Callada compañera inseparable.

La pesca en fin filósofa, fomento
Al hondo meditar también serános
De igual, sino mayor divertimento.

¡Oh qué gusto será mirar ufanos
Colgando el pez de la flexible caña,
Haciendo por soltarse esfuerzos vanos!

No te libertará de nuestra maña
Ni el bosque marginal del arroyuelo,
Ni su tupidá juncia y espadaña;

Que al dulce cebo de falaz anzuelo,
De sus húmedas cuevas atraído
Vendrá al fatal engaño sin recelo.

Ya ves si son de precio bien subido
Los gustos de que hacerte referencia
En tan breves razones he querido:

Pues otros hay aún cuya excelencia
No cede á la de aquellos anteriores,
Según me lo acredita la experiencia.

A explicártelos voy de mil amores
Para que veas tú por lo que siento,
Si son, como te digo, superiores.

IV. CASUPÁ.

La tarde — Puesta del Sol.

No lejos del humilde nacimiento
Deste río, una altura que domina
A toda la comarca, tiene asiento.

A ella con frecuencia se encamina
Mi planta vagarosa y esforzada,
Cuando el sol á su ocaso se avecina.

Y allí desde su cumbre de do nada
A la vista se oculta, deleitado
Admiro la campiña dilatada.

Aquí el río con curso sosegado,
En estrechas orillas recogido,
Serpea alegre por el verde prado.

Allá el bosque sombroso y escondido,
De negra oscuridad el valle baña,
Por eminentes cerros circuído.

Más allá una magnífica montaña
Eleva hasta el Olimpo su alta cima,
Y á las etéreas nubes acompaña.

Aun más allá, muy lejos, do se estima
Por la engañada vista que á la tierra
La bóveda del cielo se aproxima,

Se vé de excelsos montes una sierra,
Que parece la armada fabulosa
De Titanes marchando á la impía guerra.

Aumentan esta magia deliciosa
Los diversos vivientes que al reposo
Dirígense al venir la noche umbrosa.

Cual hendiendo los aires presuroso
Bate las leves alas procurando,
El bosque retirado y silencioso:

Cual los pesados pasos estirando
Camina do le ordena la costumbre,
O de rústica voz el bronco mando.

Y cual el dócil bruto á la techumbre,
Pajiza casa, galopando guía,
Lo que vé ya en su hogar brillar la lumbre.

Pues si de estos objetos se desvía,
Y se encumbra á la parte de Occidente
Goza encanto mayor la vista mía.

Del claro día el luminar fulgente
Tras los últimos montes escondido,
El horizonte tiñe en rojo ardiente.

Sobre el cual leves nubes de lucido
Oro bordadas, trazan mil informes
Figuras varias con pincel fingido.

Ves allí en confusión montes enormes,
Hondas cimas, peñascos herizados,
Descomunales moles disconformes.

Encima de aquel pico, al aire alzados
Los colosales miembros, un gigante
Semeja el Genio, rey de los collados.

En aquella otra punta que distante
Sale á un lado, un anciano venerable
Tiende su larga barba hácia adelante.

A otra parte un castillo inespugnable;
A otra miro soberbios torreones;
A otra ruinas de fábrica espantable.

Tan bellas, tan magníficas visiones
Exaltando mi ardiente fantasía,
La entregan á sublimes ilusiones;

Y en ellas abismada todavía
Está cuando su manto tenebroso
Tiende la noche pavorosa umbria.

A veces también suelo vagaroso
Internarme del bosque en la espesura,
Al calor vespertino molesto.

V. LA GRUTA — CONTEMPLACIÓN.

Un peñón circundado hasta el altura
De hojosas ramas, forma en sus entrañas
Una gruta de rara arquitectura;

No habitada de fieras alimañas,
Dulce reposo y dulce fresco ofrece
Con sus bellas alcobas cuanto entrañas.

Allí al ruido del céfiro que mece
Los circunstantes árboles sombríos,
Mi cuerpo poco á poco se adormece;

Y al fin vencidos los sentidos míos,
Fugaces sueños la adormida mente
Halagan en risueños desvaríos.

Tal vez donde bullendo la corriente
Mansamente murmura, luego acudo;
Lugar do reina siempre un fresco ambiente:

Y á la sombra de un ceibo alto y copudo,
Que cerca de ella se halla, me recuesto
Sobre el césped suavísimo menudo.

Un airecillo entonces en vuelo presto,
Triscando entre las hojas susurrante
Baña en grato frescor aqueste puesto:

En tanto que con voz dulcisonante
Modulan en mil quiebros y trinados
Los pájaros su música brillante.

Callan luego los sonos acordados;
El aura apena espira desmayada;
El susurro disípase por grados;

Natura toda en calma reposada,
Y en un hondo silencio mudo y quieto,
Yace lánguidamente sepultada.

Empapada mi alma en un completo
Estado de placer indefinible,
Vagamente se espacia sin objeto.

Suben después al ánimo sensible
De tropel las ideas agolpadas,
Una emoción causándole indecible.

Blandas, afectuosas y elevadas,
Le tienen en continuo movimiento
Del no muy breve rato apoderadas.

Hierve entonces mi pecho al sentimiento
Interno, cual venero de ternura
Y amores, derramado de su asiento.

¡Oh amor universal, caridad pura,
Dulce afecto que siente la inocencia
Para con el Creador y la criatura!

¡Divina celestial benevolencia,
Que el tierno corazón del hombre justo
Inflamas poderosa sin violencia;

Tú aquí del bosque en el silencio augusto
Siempre en mi seno dominar supiste,
Causando en él inexplicable gusto;

Siempre á la compasión que en mí encendiste
Blanda y suavemente conmovido,
Lágrimas dulces derramar me hiciste!

Y así también entonces sometido
A tu influjo potente, se conmueve
La tierna exaltación de mi sentido.

Do quier la mente enardecida lleve
Allí objetos de amor tan sólo mira,
Tan sólo amor sin fin allí la mueve.

.....



MELCHOR PACHECO Y OBES ⁽¹⁾

EL CEMENTERIO DE ALEGRETE.

EN LA NOCHE.

Los que en las dichas de la vida ufanos
Correís jugando su azarosa senda,
Ceñidos de fortuna con la venda,
Que os muestra eternos sus favores vanos.

Los que de risas y ventura llenos,
Orlada en flores la altanera frente,
Cruzais por esa rápida corriente
Que en barca de dolor surcan los buenos.

(1) El coronel MELCHOR PACHECO Y OBES, nació en Buenos Aires el 20 de Enero de 1809. Fué una personalidad hecha de violentos contrastes, un alma dual ya iluminada por un relámpago de genio, ya presa de pasiones bravías; ya arrastrada por uno de esos arranques que hacían de nuestros abuelos verdaderos héroes, ya inquieta

Los que libais en la nectárea copa
De los placeres sus delicias suaves,
Como los trinos de doradas aves,
Como los besos de una linda boca:

Volved la espalda á la suntuosa sala,
De orgullo y oro y corrupción vestida,
Venid á este salón á que os convida
La muerte ornada de su eterna gala.

Venid á este salón á cuya puerta
Malgrado tocaréis en algún día;
Aquí de los vapores de la orgía
Vuestra alma libre se verá despierta

Y es bueno conocer una posada
A que hemos de llegar precisamente,
Ya se marche en carroza refulgente,
Ya arrastrando entre zarzas la pisada.

Y es útil levantar esas cortinas
Que la heredad envuelven más preciosa,
Y del que planta solamente rosa,
Y del que coje solamente espinas!

Y es justo contemplar lo que nos queda
De todos los regalos que da el mundo,
A los que estamos en dolor profundo
Y á los que ensalza la voluble rueda.

¡Oh! no tardeis los favoritos de ella!
Lujo hay también en el palacio helado;
Cada astro le es un artésón plateado,
Cada horizonte una columna bella.

Allí está el leño redentor del hombre,
Trono de un Dios y de su sangre lleno;
Y de esas tumbas en el yerto seno,
Hay riqueza y poder, beldad y nombre.

Todo es sublime como el Dios de todo,
Y de su lampo la verdad os alumbra,
La eternidad en pompa se columbra
Salve humana soberbia que ya es lodo.

y llena de duda, vacilante ante el porvenir. La psicología de este personaje es compleja. Nacido en plena revolución, su alma se modeló en las ideas y los sentimientos que agitaron á los hombres del año 10. La literatura romántica, concluyó de formar su espíritu y le lanzó en plena crisis á la vida pública, á donde llevó sus sueños girondinos. Fué uno de los tantos enfermos de lirismo. A la manera de Juan Carlos Gómez que hizo de su vida un poema, él hizo de la suya una epopeya. Poseía la frase fulgurante y gráfica de los convencionales del 89 y sabía dominar las muchedumbres con la actitud dantoniana y la palabra tonante y llena de fuego de Robespierre. Pudo ser un hombre sublime, porque tenía la inconsciencia que es la primera virtud del héroe. Amaba el peligro; era un pájaro de tempestad; así como el albatros que vive en las tormentas, él también para su vida tenía necesidad de la lucha. Sus proclamas y sus discursos parecen desprendidos de la tempestad de las asambleas revolucionarias. Tuvo frases como esta, que bien pudo recordar á un orador del 89: « no traigo aquí sinó un sentimiento: la ira; un pensamiento: la venganza; una esperanza: la libertad ». Sé nacido para la batalla, cuando esta le faltó murió de nostalgia como el águila salvaje robada á la libertad de sus montañas. El poeta, fué lo accidental en él. Sus versos, expresan sus íntimos pesares, ó las ideas melancólicas de un espíritu cansado de la lucha. Murió en Buenos Aires, el 21 de Mayo de 1851.

Lodo y no más dichosos de la tierra
Seremos y sereis! ¿Es un consuelo
Que nos permite compasivo el cielo,
A los que el templo de fortuna cierra?

Sí, que en dolor el alma desgarrada
Al reino de la muerte nos llegamos,
Y en su espejo infalible divisamos,
Que gloria, pena, dichas, todo es nada!

Sí, que en este lugar se os vé temblando
Palidecer entre congoja y miedo,
Y del manto del tiempo, el viejo ruedo
Con mano desesperada asegurando.

Quisiérais detenerle en su carrera
Que os arrastra tranquila y magestuosa,
Y al batir de su pié se abre la fosa
Que inevitable al término os espera!

Y si de regia pompa precedido
Llega á esa puerta el ataúd fastuoso;
Es que el mundo que os fué tan engañoso,
Os arroja de sí con gran ruido.

Y si se abre altanero en el momento
Para albergar vuestro despojo helado,
De la humanal prudencia es un legado
Que á la soberbia manda el escarmiento.

Y si preces sin fin se oyen en coro
A la fúlgida luz de mil hachones;
Es remedar sin fe las oraciones,
Para pedir á vuestras arcas oro.

¿Lo dudais? Preguntad al prócer fiero
Que entre mármol y bronce allí reposa,
Al Crespo que recubre aquella fosa,
Al bravo que aquí duerme con su acero.

A dónde está el poder, dónde la gloria
Que en tanto de la tierra era preciada;
Dó la opulencia que brilló envidiada;
A dónde el himno audaz de la victoria?

Todo pasó cual humo disipado,
¡Todo pasó! pero quedó el olvido,
Y ¿en la tumba infeliz del que ha sufrido
Un instante ese bien habrá faltado?

Ahora... volved á vuestro mundo hermoso
Y en medio del festín y sus cantares,
Incensad de fortuna los altares,
Envueltos en su brillo esplendoroso.

Adormecéos en sitial dorado
De la lisonja al embriagante acento:
« Caigan virtud y honor para el contento
De quien en noble cetro está apoyado ».

Hollad al débil si piedad os pide,
Y el mísero que gima en vuestra sala,
No le deis ni aún la sobra de la gala,
Que donde quiera vuestra planta mide.

Alzad la espada sanguinosa y fuerte,
Que doma al pueblo esclavitud sembrando,
Y de las leyes el altar pisando
Poblad la tierra de orfandad y muerte!

Que yo, sobre las tumbas recostado,
De vuestras dichas y poder me río;
En la justicia del Señor confío,
Que sólo el que la ofende es desgraciado.

¡ADIÓS!

Desprende el ancla el bergantín velero,
Vuelve la espalda á la ciudad querida,
Y tranquilo contempla el marinero
La blanca vela del noroeste henchida.

Sobre las olas del inmenso Plata
Osado cruge la espumante prora;
Ay! del que en brazos de fortuna ingrata
Vé de su patria la postrer aurora!

En el mastil un pabellón ondea,
Y el desterrado con dolor le mira!
No es el de nueve fajas que flamea,
Amor del libre y del tirano ira!

Cautivo va sobre extranjera nave
A demandar al extranjero « tierra »
Dios á la patria de la mancha lave!
Le dé victoria en su gloriosa guerra!

El alma siente estremecer de pena,
Que el llanto embarga su doliente voz;
El hado injusto contempló serena;
La abate sólo el angustiado adiós!

* * *

Adiós te doy, augusta patria mía;
El te abra inmenso, bello porvenir...
La triste vida, en la feral porfia,
Perdóname si en vano te ofrecí!

¡Adiós! ¡Adiós! suelo querido, en donde
Sentí de amor el inmortal poder;
Donde reside la divina hermosa,
Que las hermosas á sus plantas vé.

Mi labio quiere recorrer tu arena,
Que allí ella posa su pulido pié,
Y luego nace la violeta suave,
Para besarle y hermostearse en él.

Mis brazos quieren estrecharte, suelo,
Porque ella vive y se reposa en tí:
Concha sin precio de tan rica perla,
El cielo te haga sin cesar feliz!

Decirte ¡adiós! es apartarme de ella,
De ella... el imán, el norte de mi sér:
La armonía dulcísima de mi alma,
La ilusión más dorada que formé!

¡Guardamelá! como el umbroso bosque
En medio al día guardará el frescor;
Como el pimpollo de la rosa pura
Guarda cuidadoso su fragante olor.

¡Guardamelá! sobre sus ojos bellos
Jamás un grano de tu polvo dé;
Ni toque el cierzo de tu crudo invierno
A los claveles de su fresca tez!

Ante ella brille en esplendor tu cielo,
Y entre celages de oro apaga el sol,
Para que corran sus serenos días
Y el trueno no le asuste el corazón!

Para admirarla en regalados sueños,
Abre el tesoro de tus ricas galas,
Y el lindo picaflor sobre su frente
Para darle frescor bata sus alas.

Envíale tus brisas perfumadas
En deliciosa esencia de azahar,
Y de su boca en la carmínea taza
El almíbar pon que á tus manzanas das.

Guardamelá! como la tierna madre
Al primer fruto de su casto amor,
Como ella guarda en su alma delicada
Blandas ideas, celestial candor.

El viajador se acercará á tu orilla
A los impulsos de su dulce fama:
Que en vano esconde su fragancia y nieve
La flor del aire sobre la alta rama.

Irá el poeta y el pintor altivo
Que de inmortales obtendrán el lema,
De ignotos climas á admirar su encanto
Y á pretenderla por hermoso tema

¡Guardamelá! como el avaro ansioso
Guarda y esconde su mejor tesoro,
Como el Brasil sus esmeraldas ricas,
Como en mi pecho su beldad que adoro.

¡Guardamelá! sobre su nivea frente
Jamás asome inquietador cuidado:
Dáale ilusiones como el cielo hermosas,
Que de ella sean sin igual traslado!

En ara pura de esplendor velada,
Guardamelá con amoroso afán!
En derredor tus tórtolas entonen
Cantos de amor en nidos de arrayán.

¡Yo te lo pido en lágrimas bañado!
¿Será que en vano gemirá el dolor?
Levantaré los ojos á otro mundo,
Y lo que á tí, demandaré á mi Dios.

A Dios, que la ama como su obra hermosa,
Que quiso en ella su poder probar,
Y la formó más bella que los seres
Que entre las nubes de su gloria están.

¡Ay de mí! que por eso la amo en vano!
No es para un paria tanta perfección!...
¿Qué importa? siempre reinará en mi pecho,
Que gime penas al decirle ¡adiós!



ALEJANDRO MAGARIÑOS CERVANTES ⁽¹⁾

¿SE FUÉ?

Al Cantor de la « *Leyenda Patria* » en la muerte de su esposa
Elvira Blanco de Zorrilla de San Martín.

Cerró sus negros ojos, y mas bella
En el lecho quedó como dormida...

Cruzó el aire una forma vagarosa
Que una estela de luz tras sí dejaba...

— ¡Elvira! ¡Elvira! ¿á dónde vas?... ¿A dónde?
En silencio gimiendo preguntaba
Tu corazón ansioso, y como herido
De un vértigo febril al ver que ella
A tu sordo llamado no responde,
Los brazos tiendes y el vacío abrazas!...

Un ¡ay! desgarrador, indescriptible,
Se escapa de tu pecho,
Y sollozando el Plata,
Que siente á tu dolor su cauce estrecho,
Lo lleva al Uruguay entre sus ondas.

(1) El nombre del doctor ALEJANDRO MAGARIÑOS CERVANTES, ha llenado cincuenta años de nuestra historia literaria. Durante ese lapso de tiempo su fecundidad extraordinaria prodigó con mano generosa las concepciones de su talento robusto. Nació en Montevideo el 3 de Octubre de 1825. En España, donde intimó con Cánova del Castillo, Sarra, José Zorrilla, Castelar y otros, inició su carrera literaria, escribiendo prosa y verso y colaborando en periódicos de la península. Luego se estableció en París, donde fundó *La Revista de ambos mundos*. En 1855 regresó á la patria donde ya habían tenido eco sus obras, y desde entonces su influencia sobre el medio ambiente fué decisiva. Hasta su muerte produjo sin cesar, siendo una suerte de maestro al que los jóvenes iniciados rendían culto entusiasta. Fué ministro, senador y profesor de derecho internacional. Sus obras principales son: « *Celtiar* », « *Caramurú* », « *Violetas y Ortigas* », « *Palmas y Ombúes* », « *Veladas de invierno* », etc. Poco antes de su fallecimiento ocurrido en 1893, se lanzó la idea de coronarlo como á Zorrilla, consagrándolo como el gran bardo nacional, pero él se opuso tenazmente. Sus poesías empapadas en el sentimiento romántico de la época, sobresalen por su corrección elegante y en general están inspiradas en hondos pensamientos filosóficos.